

## ***“Gracias, Manolo, por invitarnos a tu vida.”***

Me recordaban esta mañana que comenzabas todas tus eucaristías diciendo: “Gracias, Señor, por invitarnos a tu mesa”...

Hoy quisiera comenzar diciéndote: “Gracias, Manolo, por invitarnos a tu vida.”

Te despedimos como se hace con los seres humanos que entregan su vida a una misión. Y la tuya siempre fue la de sembrar Reino de Dios en este rincón del mundo.

Si tienes dudas sobre el fruto de esa siembra, te diré que estos días hemos recibido testimonios incontables de personas que han visto su vida enriquecida por la tuya...

Pronto entendiste, además, que el mensaje del evangelio no puede predicarse al margen de la cultura de un pueblo.. y debe ofrecerse desde su modo de entender el mundo, desde su historia, desde su lengua...

Y lo hiciste desde el lugar donde sólo pueden los mejores: sin ambición personal, discretamente... En estas tierras de gente de mar bien sabemos que para que llegue a puerto el brillo y el porte del mascarón de proa.. es necesario que alguien esté sosteniendo con firmeza el timón, que alguien insufla incansablemente aire en las velas. Y ese fue siempre tu tarea entre nosotros.

Entre los testimonios que nos han llegado, recuerdo las palabras con las que te definía Juan Andión... “un hombre de paz comprometida”. Qué bien recogen ese carácter tuyo de ternura en el modo y firmeza en la convicción

Te despedimos con cierta envidia, porque tu vida, pone en cuestión las nuestras. ¿Seremos capaces de dejar un legado como el tuyo? ¿Seremos nosotros recordados con el mismo cariño con que hoy se te recuerda a ti?

Porque en Ti se cumple el imperativo moral de Unamuno: vive de manera que al momento de tu despedida todos puedan decir “este no merece morir”. Y eso es lo que hoy más escuchamos de ti... vidas como la tuya no deberían terminar nunca.

Pero ni siquiera todo esto te pareció suficiente y un día unir tu vida a la de otros pueblos y otros seres humanos en necesidad.

Al volver de Guatemala compartías con nosotros el modo tan diverso con que entendía el mundo aquella gente.

Recuerdo claramente cómo nos hablabas de su sentido de la muerte. Decías que para la cultura maya la muerte es como ese llanto del recién nacido en ese instante en que su madre lo cambia de un pecho a otro mientras lo amamanta. Lloro el bebé porque pierde el calor y la seguridad de ese pecho materno, llora porque aún no sabe que al otro lado le sigue esperando el mismo calor y el mismo alimento, la misma felicidad.

Lloramos nosotros porque has sido arrancado de nuestro lado; lloramos, sin embargo, esperanzados porque sabemos que ya conoces que, al otro lado, se encuentra la felicidad del pecho amoroso y nutricio de Dios.

Me dicen que te diga que no se te va a olvidar, que siempre te tendremos como referente y modelo de creyente... que en ti se cumplen aquellas palabras del centurión a la muerte de Jesús: “en verdad este era Hijo de Dios”.

Estos días fueron muchas las horas que pasamos a lado de tu cama. Tenías la costumbre de llenar las paredes de tu cuarto con frases, fotografías, recuerdos...

Todos estos días, a pocos centímetros de tu cabeza, colgaba este poema de Celso E. Ferreiro...

*Unha vez houbo un home  
que nunca dixo, meu.*

*Petou nas portas do mundo,  
chamou no meu corazón.*

*Falaba con palabras  
que semellaban pombas.*

*As cousas á súa beira  
púñanse brancas.*

*Nascíalle nos ollos un abrente  
coma un río de luz,  
ou coma un mar lonxano de gueivotas.*

*Un bálsamo de amor tiña aquel home  
pra ista miña dor  
sin nome.*

Pareciera, Manolo, que el poeta te hubiese conocido.